

Unos jóvenes cristianos

ENTERRAR Y CALLAR
María Victoria Uribe - Teófilo Vásquez
Volumen 1

En las comunas pobres de Medellín los jóvenes acuden a las esquinas de los barrios para encontrarse con sus amigos, tomarse unas cervezas y en ocasiones fumarse unos cigarrillos de bazuco; la búsqueda de identidad cultural por parte de estos jóvenes se expresa en la conformación de galladas, bandas y grupos juveniles. Ese comportamiento callejero y gregario de las nuevas generaciones ha sido señalado como una de las causas de múltiples manifestaciones de la violencia juvenil. Los jóvenes, sin embargo, a pesar de su socialización dentro de las bandas, mantienen como referente en la formación de sus valores al núcleo familiar, así éste dependa únicamente de la madre y el padre esté ausente; cuando esto sucede las madres juegan el doble papel de padre y madre.

Las necesidades afectivas de los jóvenes se expresan en la relación con sus pares; que estas formas de socialización degeneren en la conformación de bandas delincuentes es algo que depende de las circunstancias en las que se desenvuelven los muchachos. Por eso, cuando existen posibilidades constructivas de organización juvenil, tienden a ser receptivos y a desarrollar sus capacidades emotivas y cognitivas en tales grupos. Tal fue el caso de los jóvenes organizados en grupos cristianos del barrio Villa Tina, de la comuna centro oriental de Medellín.

Por su composición popular y por la influencia que las comunidades cristianas de base han ejercido entre sus pobladores, Villa Tina ha sido estigmatizado como foco de delincuencia y, recientemente, ante la respuesta organizada de la comunidad, como un sector de influencia de las milicias populares. Esta situación ha convertido al mencionado barrio en blanco de los escuadrones de la muerte, que en reiteradas ocasiones han incursionado dejando una larga lista de jóvenes asesinados.

87 Los pormenores de la masacre fueron descritos por la madre de Aileen en una entrevista hecha en Medellín.

Una de las incursiones tuvo lugar a tempranas horas de la noche del 15 de noviembre de 1992. Llegaron quince hombres en tres vehículos y procedieron a atacar a un grupo de jóvenes que conversaban y escuchaban música en una esquina del barrio; el ataque con armas automáticas segó la vida de nueve de ellos⁸⁸. Los padres de las víctimas respondieron al crimen organizándose y fomentando la solidaridad entre sí y en la comunidad, con el objeto de presionar para que se hiciese justicia en el caso de sus hijos. Conversando con ellos acerca de sus hijos asesinados reconstruimos parte de sus vidas.

Jovanny Alberto Vallejo Restrepo tenía 15 años cuando murió. Había hecho sus estudios de primaria en escuelas del sector y se encontraba cursando primero de bachillerato; pasó toda su vida en ese barrio y fue acólito del padre Manolo, parroco español de la iglesia de Villa Tina. Era inquieto y necio en el colegio, muy creativo y le gustaba la mecánica; armaba y desarmaba los carros que le regalaba su papá, pintaba rostros y le gustaba la música salsa, los boleros, el rock y la balada pop. Participaba en el grupo juvenil de la pastoral a la vez que mantenía su afición por el fútbol. Entrenaba natación, se rodeaba de muchos amigos y tenía una novia; era servicial y nunca se negaba a hacer un favor. Con el padre Sergio conversaba con mucha frecuencia, lo que demostraba su interés por las actividades del grupo cristiano, tanto, que estuvo en varios de los encuentros metropolitanos que se realizaron.

Angel Alberto Varón Miranda había nacido en 1975 en Valledupar (Cesar). Era hijo de madre antioqueña y padre caleño, los que al mes de nacido se trasladaron a Medellín, al barrio Villa Tina. La búsqueda de nuevos horizontes llevó al padre de Angel a separarse de su esposa y a trasladarse a la ciudad de Neiva, donde se dedicó a atender una peluquería. Angel estudió hasta cuarto de primaria en la escuela San Francisco de Asís, ubicada en su barrio, y allí mismo concluyó la primaria en la escuela 11 de Agosto; el séptimo grado lo hizo en el colegio León de Greiff. Sin embargo, no quiso continuar sus estudios, por lo cual tuvo altercados con su madre, pues él quería ganarse la vida trabajando para ayudarles a ella y a su hermana. Por ello un día se marchó para Neiva con dos de sus amigos en busca de su padre para que le enseñara el oficio de la peluquería; tras un viaje de aventuras su padre lo recibió junto con sus amigos, quienes al poco tiempo regresaron a Medellín .

El, en cambio, se dispuso a trabajar en un restaurante, y aunque comenzó dejando caer unos platos, la señora del negocio se encariñó con él y lo animó a seguir estudiando. En Neiva terminó el séptimo grado e ingresó a un grupo de scouts. Posteriormente regresó a Medellín a continuar sus estudios y terminó el octavo grado; ese año

88 Ver masacre en la base de datos (Vol 2).

se vinculó al grupo juvenil cristiano “Caminantes del Futuro” y participó en sus encuentros y convivencias. Al igual que sus compañeros, fue amigo del padre Sergio. El día de la masacre se encontraba de vacaciones.

Durante su último año escolar quiso retirarse del colegio porque un alumno de un curso superior lo atracó, le arrebató los útiles y le exigió que le llevara dinero; el atracador, que no era del barrio, fue expulsado del colegio cuando descubrieron que andaba armado. La gente del sector estimaba a Angel por su disponibilidad, respeto por la gente y sinceridad; ayudaba a su mamá vendiendo papas en un carrito en el centro de Medellín. En el colegio lo querían mucho por su forma de ser, calmada y sin afán para hacer las cosas. Le gustaba todo tipo de música y, como diría su madre, *“ tenía un casete de música loca, pero su forma de ser era la de un muchacho normal, sin modas, como la colita de caballo o las aretas, nada de eso ”*.

Oscar Andrés había nacido en Cali el mismo año que Angel. Fue buen estudiante y la primaria la cursó en la Escuela Marroquín. Era aficionado al fútbol e integrante del grupo juvenil cristiano, con el que participó en varias convivencias en Cali y Bogotá. El día que lo sepultaron lo llamaron de “ TV Antioquia ” para un trabajo como presentador. Era el mayor de cuatro hermanos. Su espíritu altruista lo motivó a apadrinar a una pareja de ancianos del sector alto del barrio Villa Tina. Al respecto su mamá recuerda que le dijo: *“ Mamá, imagínate que quiero ser padrino de un matrimonio de ancianos ”*, y yo le dije que si se morían yo tenía que responder por ellos, a lo cual él me contestó: *“ No, mamá, tranquila, que ellos no se van a morir, tranquila, que yo me voy a morir primero que ellos ”*.

Oscar cuidaba de un joven inválido que vivía frente a su casa, al cual le habían pegado un tiro en la columna vertebral y él le hacía la curación de la herida. El día de la masacre, un domingo por la mañana, Oscar se levantó tarde porque había estado celebrando su grado de bachiller y lo primero fue hacerle las curaciones a su vecino. Este recuerda que Oscar le dijo: *“ Bueno, chacho, ¿cuándo es que se va a parar de esa silla de ruedas?, porque yo ya estoy cansado ”*. “No, hermano, yo me voy a morir en esta silla”, le respondió el inválido y Oscar, a su vez, le dijo en son de broma: *“ Primero me muero yo que vos ”*. Le encantaba la música salsa y el rock y su forma de vestir era siempre informal, con tenis, jeans y camisetas.

Otra de las víctimas de la masacre, Johny Alexander, era llamado familiarmente Cuco. Cuando tenía un año fue abandonado por su padre y quedó en la más absoluta pobreza. En 1987 llegó a Villa Tina con su madre y su hermana y allí comenzó a estudiar el primer año de bachillerato, que no pudo terminar debido a la enfermedad de su madre, quien al año siguiente murió. Aprendió a bailar break-dance con sus primos y por influencia de uno de ellos trabajó en Básculas San Diego y gracias a su

trabajo logró ayudar a su hermana para que estudiara. Ingresó al grupo cristiano en 1990 y allí logró superar su timidez, pero era algo malgeniado y muy serio. En 1992 continuó trabajando y estudiando al mismo tiempo, buscando ayudar a su hermanita para que creciera como persona.

Ricardo Alexander iba a cumplir 18 años cuando fue asesinado. Trabajaba en una cerrajería y era muy dedicado al estudio; en 1990 había ingresado al grupo “Camionantes Constructores del Futuro”. Era buen futbolista, uno de los mejores del barrio, y desde 1987 había ingresado a las escuelas de fútbol Pacho Londoño y Luis Alfonso Marroquín, en las que permaneció hasta 1991; su mayor anhelo era pertenecer a la Selección Colombia.

Cuando cayó asesinado, Nelson Duvan había cumplido 17 años y cursaba, con buenos resultados, quinto grado de bachillerato. Participó como delegado en el 7° Encuentro Nacional Juvenil Cristiano, experiencia que le permitió estrechar sus vínculos con el grupo y con la comunidad, y colaboró activamente en el recibimiento de los delegados que venían al mencionado encuentro, realizado en Medellín. Marlon Alberto, otra de las víctimas, había nacido también en 1975. Era emprendedor, sincero y con ganas de vivir. Decía que el grupo cristiano era el único lugar en el que se sentía valorado, ya que gracias a ser uno de sus miembros había logrado definir su personalidad. Le fascinaba montar en bicicleta y sintió gran tristeza cuando en una salida con sus amigos un camión se la destrozó.

La madre de Mauricio Antonio Higueta Ramírez recuerda a su hijo con las siguientes palabras: *“Cuando lo mataron tenía 23 años. Había trabajado como celador en una fábrica, de donde salió porque no le quedaba tiempo para jugar al fútbol. Luego se puso a trabajar con su hermano, que es oficial de enejador. Estudió la primaria en la escuela San Francisco de Villa Tina y después ingresó al Colegio Departamental a cursar primero de bachillerato, que no logró aprobar. Cuando cumplió los 18 años se presentó al servicio militar, cumpliéndolo en la ciudad de Barranquilla y saliendo con el reconocimiento de su excelente conducta y disciplina”*.

Mauricio frecuentaba el billar los días festivos y cuando salía del trabajo *ese era el parche de él*, dice su madre. Con ella discutía amigablemente porque eran partidarios de los dos equipos rivales de Medellín; ella apoyaba al Independiente Medellín y él al Atlético Nacional. En los días cercanos a la masacre Mauricio andaba muy contento porque tenía la forma de entrar a trabajar en los Almacenes Ley durante la siguiente temporada. Sin embargo, la situación de violencia que se vivía por esos días en Medellín le hacía presentir la muerte, por lo cual le había dicho a su madre: *“Mamá, si yo de pronto me muero o me matan, no me vaya a velar en la casa, se lo*

digo, mamá. Si me matan, al anfiteatro por ahí mismo me lleva. Si me muero, de la cama me lleva allá”.

Los individuos que cometieron la masacre asesinaron, junto con los jóvenes cristianos, a una niña que iba a cumplir nueve años. Se llamaba Johanna Mazo y le decían Nana en su casa y en el barrio; estudiaba en la escuela Hogar Antioquia, era aficionada al baile y quería pertenecer a un grupo de danza. Días antes había sufrido un accidente y tenía la pierna izquierda enyesada.

En el caso de estos jóvenes habitantes del barrio Villa Tina parecen confluír varios rasgos que son considerados como peligrosos por los escuadrones de la muerte. En primer lugar, ser habitantes de un barrio de invasión, en segundo término ser jóvenes dedicados a la economía informal y ,finalmente, ser catequistas y pertenecer a una comunidad cristiana de base, lo que es visto como subversivo y peligroso.

89. Cabrera, 1985; entrevistas a pobladores, 1993: Vivir en Bogotá, p. 291. Administrativamente Ciudad Bolívar está compuesta por 250 barrios ubicados en zonas planas, medias y altas del sur de la ciudad, con un área ocupada de 12.620 hectáreas y una población estimada de 450.000 habitantes.

